

GUNTER GRASS Y MARTIN HEIDEGGER

LOS ARTÍCULOS de Edison Otero y Dantón Urqueta, me han sugerido la presentación de éste, con vistas a esbozar el camino que conduce desde las formas un tanto precarias de la Filosofía entre nosotros, hasta el lugar metropolitano de sus orígenes. Entramos, así, en terreno algo más firme. Algo solamente; no tanto que no se encuentren allí las anticipaciones de aquéllas formas degeneradas. Es decir, la presentación menos recusable de la filosofía actual exhibe —aunque sea ello hermosa y más consistentemente— la misma calidad de fraseología vacía y ridícula gravedad que su descendiente subdesarrollada. Es una diferencia de grado, no de naturaleza. Ejemplifiquemos sobre esto; insistir en las manifestaciones filosóficas de nuestro continente miserable no sería ni agradable ni instructivo.

Tomemos el ejemplo de la muy famosa filosofía heideggeriana así como es criticada por uno de los escritores más feroces de la Europa actual, un hombretón nacido en Danzig en 1927, que padeció a un tiempo los impactos de la segunda guerra mundial y la “vuelta a los orígenes”. Guiándonos por el contenido de sus tres novelas —*El Tambor de Hojalata*, *El Gato y el Ratón* y *Años de Perro*— podemos deducir la manera cómo influyeron en Gunter Grass los años del período nacistá. Es un caso extraordinario de impacto y reacción. Gunter Grass viene de vuelta de un mundo sórdido, infernal, clamando venganza a grandes voces. No sabemos (aunque algo podamos sospechar) la forma y grado en que anduvo enredado en la maquinaria nacistá, es decir, en la propaganda guerrera, el mito de la raza superior, la fobia antisemita, la metafísica grandilocuente. Lo que sí sabemos, por sus obras, es que no quiere dejar pasar partícula de aquella aventura asesina sin denuncia. Ha encontrado un lugar de trabajo, una tarea de su responsabilidad: amontonar toda la basura de la época y lugar en que le estropearon la vida. Da la impresión de un furioso obsesivo que aguanta la respiración y, se muerde mientras palea inmundicia. Sube a los cielos el montón asqueroso mientras este obrero obstinado va gruñendo: “Tengan, miren, no olviden”.

Demos aquí un vistazo, esbozando la polémica antiheideggeriana de Grass en su novela *Años de Perro*. Cuenta allí (cuenta muchas cosas) de una batería instalada en las proximidades de un campo de exterminio. Los soldados, al parecer, creían que vigilaban algo muy distinto de lo que vigilaban de hecho. Había bandadas de cornejas, plaga de ratas, un olor extraño y a lo lejos iba creciendo cada vez más un monte blanco, un monte de huesos. En las noches, al otro lado de las alambradas, llegaban trenes y se agitaban luces de un punto a otro. Al día siguiente, los soldados observaban la crecida del monte de huesos, el aumento del olor, el griterío de las cornejas, la avalancha de las ratas. Nadie comprendía o nadie quería comprender que eran huesos de judíos arrumbados en sitio cercado, inaccesible.

Entretanto, los suboficiales entretenían a la tropa. Disparaban los cañones contra las cornejas, organizaban batallas contra los ratones, ejercitaban a los cachorros en la jerga existencial. No eran solamente los discursos heideggerianos del 33 que se empleaban a guisa de grandes argumentos para justificar la guerra, la destrucción, y parlotear sobre la grandeza y destino de Alemania, sino que servía a tal fin la filosofía misma elaborada por Heidegger desde antes de 1927. Gunter Grass satiriza al respecto, pero no es difícil imaginar la función que las especulaciones filosóficas 'a la alemana' cumplían entre los jóvenes. He aquí los pasajes:

Sobre la fraseología heideggeriana:

“Erase una vez un sargento que sabía rechinar ruidosamente con los dientes. Al lado de otras condecoraciones, llevaba el distintivo de plata por heridas. De ahí que cojeara ligeramente, pero en forma llamativa a la vista, entre las barracas de la Batería Costera de Brosen-Glettkau. Pasaba por ser severo y justiciero, era admirado y se le imitaba superficialmente. Cuando iba por las dunas a cazar liebres costeras, tomaba de acompañante a un auxiliar de la Fuerza Aérea a quien los demás llamaban Stortebeker. Durante la caza de las liebres costeras, el sargento solía no pronunciar palabra alguna, o bien citaba, con pausas prolongadas

interpuestas, a uno y el mismo filósofo. Stortebeker imitaba sus citas y creó un lenguaje filosófico para uso de los estudiantes de bachillerato, que no tardó en ser repetido maquinalemente por muchos, con éxito variable.

“A la mayoría de las frases, Stortebeker les ponía el encuarte: —Yo, en cuanto presocrático. —Quien le observara durante la guardia, podía verle dibujando con un bastón en la arena. Esbozaba, con un bastón superiormente conducido, la llegada de la esencia inexpresada todavía del fenómeno, o sea, sin ambages, del ser. Pero, si Harry decía: ‘el ser’, Stortebeker le rectificaba con impaciencia: —¡Una vez más quieres decir el ente!

”Inclusive en las cosas más cotidianas daban las lenguas filosóficas brincos presocráticos, y medían cada ocasión y objeto triviales con los conocimientos, a duras penas adquiridos, del sargento. Patatas con piel a medio cocer —la cocina estaba mal abastecida y peor dirigida todavía— se designaban como tubérculos olvidadizos del ser. Si alguien recordaba a alguien algo perdido, prestado, prometido o afirmado unos días antes, saltaba rápida y categórica la respuesta: —¡Quién piensa todavía en lo pensado!—. Acontecimientos banales, tales como los producía la vida de cada día en una batería antiaérea, por ejemplo, un ejercicio de castigo semiduro, las molestas pruebas de alarma o la limpieza de los fusiles que deja los dedos malolientes, todo esto se liquidaba con una expresión copiada del sargento: —La esencia de la presencia está, de una vez para todas, en su existencia.

”Y precisamente la palabrita existencia se adaptaba a todo: —¿Existe por ahí un cigarrillo? ¿Quién se viene a existir en el cine? Si no te callas la boca en el acto, te existo una.

”El que estaba enfermo hacía existencia sobre un costal de paja. El permiso semanal se designaba como pausa de existencia. Y si alguien había pescado a una muchacha —como fue el caso de Stortebeker con la prima de Harry, Tula—, se vanagloriaba, después de la retreta, de las veces que se había introducido en su existencia.

”Y también a ésta, la existencia, trataba de dibujarla Stortebeker con un bastón en la arena: cada vez se presentaba distinta”. (*Años de Perro*, págs. 334-5).

## Sobre el monte de huesos y la fraseología heideggeriana:

“Erase una vez una montaña de huesos, que se llamaba así desde que la prima de Harry, Tula, hubo escupido la palabra en dirección de aquélla.

—Eso es una montaña de huesos —dijo, insistiendo con el pulgar. Muchos, y también Harry, la contradijeron, sin saber exactamente lo que se amontonaba allí al sur de la batería.

—Apuesto cualquier cosa a que eso son huesos. Huesos humanos, concretamente. Como que esto lo sabe todo el mundo. —Tula desafío con su apuesta más bien a Stortebeker que a su primo. Los tres, y otros además, chupaban pastillas de frambuesas.

“La respuesta de Stortebeker, pese a que sólo se pronunciara ahora, estaba lista desde hacía semanas: —Hemos de concebir la acumulación en la patentidad del ser, la aceptación de la preocupación y la perseverancia hasta la muerte como la plena esencia de la existencia.

“Tula quería saberlo mejor: —Y yo te digo que éstos vienen directamente de Stutthof, ¿apuestas algo?

“Stortebeker no quería dejarse ligar geográficamente. Hizo con la mano un ademán despectivo y se puso impaciente: —¡Dejad ya de una vez de disparatar con vuestros socorridos conceptos científico-naturales! Lo más que se puede decir es que aquí ha llegado el ser sin asomo de latencia.

“Pero, comoquiera que Tula siguiera insistiendo en Stutthof y llamara a la no latencia por su nombre, Stortebeker se sustrajo a la apuesta ofrecida, con un amplio ademán que parecía bendecir a la vez la batería y la montaña de huesos: —¡Este es el ámbito existencial de la historia entera!”.

La chica llamada Tula quedó embarazada de uno de la batería. Un mal paso dado al bajar del tranvía la pone en trances de aborto. Gunter Grass emplea, una vez más, la fraseología existencialista para describir este hecho repugnante y doloroso. El efecto produce un sentimiento de contradicción violenta entre vida y especulación. Es difícil que un filósofo resista esta confrontación sin cerrar la boca para siempre:

“El aliento de ambos salía y se disipaba en el linde del bosque. Indeciso: —¿Quieres que? —Primero dejó Tula deslizarse su abri-

go azul marino. Harry lo plegó ordenamente. El cierre del pantalón se lo abrió ella misma, y del resto cuidó Harry prudente, horrorizado, curioso: el niño de dos meses, del tamaño de dos dedos, estaba allí en las bragas. Revelado: allí. Esponja en gelatina: allí. En líquidos sanguinolentos y también incoloros: allí. Por la puerta del universo: allí. No era más que un puñadito: informe prematuro parcial, allí. Mísero en el aire decembrino agudo, allí. La razón cual causa echaba vaho y se enfrió rápidamente. La razón cual inhumación y además el pañuelo de Tula. ¿Manifiesto en qué? ¿Determinado por quién? Toma de posesión, nunca sin revelación cósmica. De ahí que ¡fuera las bragas! ¡Arriba los pantalones! Nada ya de bebé sino. ¡Qué visión de la esencia! Allí estaba, caliente, y luego fría: procura sustracción a la obligatoriedad de la proyección restante un hoyo en el linde del bosque de Oliva: —¡No te estés ahí parado! ¡Empieza de una vez! ¡Haz un hoyo! Ahí no, mejor aquí. —¡Ay! ¿Somos acaso nunca nosotros mismos, es nunca mi yo, ahora en el follaje, en la tierra, no profundamente helada? Porque por encima de la realidad: la posibilidad, manifiestamente aquello que primero y las más de las veces no se muestra, precisamente, aquello que, frente a aquello que primero y las más de las veces se muestra, está oculto, pero es al propio tiempo algo que pertenece esencialmente a aquello que primero y las más de las veces se muestra, y aun de tal modo, concretamente, que llena su sentido y razón, no helados sino mullidos, con tacones de zapatos de la intendencia de la Fuerza Aérea, para que el bebé en su aquí. Aquí en su aquí. Únicamente proyecto, pero aquí. Desencializado, pero aquí. Únicamente neutro, únicamente ello y el Ello no como el Aquí en general, para que la disposición lleve la existencia antes del Qué de su Aquí y la coloque allí sin repugnancia y sólo con los dedos, sin protección de guantes: ¡Ay, la estructura extático-horizontal! Solamente aquí para la muerte, es decir: todo en revoltijo y un poco de hojarasca y hayucos silvestres encima, para que no las cornejas, o la raposa, si viniere, el guardia forestal, zahoríes, buitres de carroña, buscadores de tesoros, brujas, si las hay, recojan residuos, hagan con ellos velas de sebo, o polvos, para esparcir por los umbrales, ungüentos contra todo y contra nada. Por eso: una piedra encima. Fundando en el fundamento. Lugar

y aborto. Materia y obra. Madre e hijo. Ser y tiempo. Tula y Harry. Salta del tranvía en su aquí, sin tropezar. Salta poco antes de Navidad, hábilmente, sin duda, pero con exceso: pura dos lunas antes, y para afuera por el mismo agujero. ¡Quiebra! Anonadante nada. ¡Gran mierda! Originado en el extravío. ¡Foso de escupitajos! Y ni siquiera develado desrechinado desestortebekerizado trascendentalmente, sino en forma vulgarmente óptica. Final de jornada. Fundamento de error. Huevo vacío. No era ciertamente un presocrático. Un poquitín de cuidado. ¡Pastel de pus! Era un rezagado. Diluido, volatilizado, ha roto la cuerda. —¡Cállate la boca! ¡Qué porquería! Y que esto tuviera que pasarme a mí. ¡Maldita sea! Se hubiera llamado Conrado o como él. ¿Cómo quién? Pues, como él. Ven, Tula, vámonos. Sí, vámonos”.

Todavía un pasaje sobre comunicaciones en jerga existencialista:

“Comoquiera que las emisoras y la prensa enemigas esparcen reiteradamente noticias difamatorias deformadas acerca de la pérdida del perro del Fuhrer, el EML transmite a partir del veinticuatro de abril las órdenes del Fuhrer con una nueva clave, según reglamentación lingüística previa; así lo hace constatar en acta al Dr. Herrgesell: “¿Qué es lo que determina la revelación del mastín semental Príncipe?”.

“La revelación original del perro del Fuhrer la determina el sentido a distancia”.

“¿Cómo qué se reconoce al perro del Fuhrer, determinado por el sentido a distancia?”.

“Al perro determinado por el sentido a distancia del Fuhrer se lo reconoce como la nada”.

A continuación, llamamiento a todos: “¿Cómo qué se reconoce a la nada determinada por el sentido a distancia?”.

A lo que responde el grupo de Estado Mayor Steiner desde la posición de combate Liebenwerda: “La nada determinada por el sentido a distancia se reconoce, en el sector del grupo Steiner, como la nada”.

A continuación, llamamiento del Fuhrer a todos: “¿Es la nada, determinada por el sentido a distancia, un objeto y, en general, algo ente?”.

Llega acto seguido la respuesta del Estado Mayor del grupo Wenck: “La nada determinada por el sentido a distancia es un agujero. La nada es un agujero en el duodécimo ejército. La nada es un agujero negro que acaba de pasar por aquí. La nada es un agujero negro que corre por el duodécimo ejército”.

A continuación, llamamiento del Fuhrer a todos: “La nada determinada por el sentido a distancia corre. La nada es un agujero determinado por el sentido a distancia. Está reconocida y se la puede interrogar. Un agujero móvil determinado por el sentido a distancia revela la nada en su revelación original”.

A continuación, llamamientos complementarios, EML: “Primero y las más de las veces, hay que interrogar acerca de su estructura de encuentro las formas de encuentro entre la nada determinada por el sentido a distancia y el duodécimo ejército. Ante todo y de buenas a primeras hay que interrogar los márgenes de irrupción en el sector de Königswusterhausen acerca de su contenido de qué. El comercio, operante con el uso, con el aparato Trampa de Lobos 1 causante de referencia y el aparato complementario Punto de Lobos ha de poner en seguro la llegada de la nada determinada por el sentido a distancia. El carácter indirecto de lo no presente se pasa provisionalmente por alto, con objeto de hacer finita la presencia, susceptible de prueba, de perras en celo, toda vez que la nada determinada por el sentido a distancia, dotada en su origen y en cada ocasión de voluntad de acoplamiento, sigue procreando”.

Al comunicado de alarma acerca de luchas en la línea Neubabelsberg-Zehlendorf-Neukoln: “Tiene lugar la nada entre los tanques enemigos y nuestras puntas. La nada sobre cuatro patas”, sigue un llamamiento directo del Fuhrer; “No ejecutar nada corriendo atrás. Todas y cada una de las actividades de la nada determinada por el sentido a distancia han de substantivizarse en atención a la victoria final, con objeto de que, más adelante, estén presentes en mármol o caliza en la modalidad del ser creadora de visión”.

Solamente el veinticinco de abril responde a esto el general Wenck, duodécimo ejército, desde el sector Nauen-Ketzin: “Nada se ejecuta y substantiviza corriendo atrás. La nada determinada por el sentido a distancia revela miedo en todos los sectores del

frente. Reina el miedo. El miedo nos corta la palabra. Fin”.

Después que los comunicados de ejecución de los grupos de lucha Holste y Steiner hubieron revelado un miedo análogo, se produce por orden del Führer, el llamamiento EML del veintiséis de abril, a todos: “Toda vez que el miedo no permite la captura de la nada, se supera inmediatamente el miedo mediante discursos o cantos. Sígase no negando la nada determinada por el sentido a distancia. Nunca ha de sucumbir la capital del Reich, en su totalidad como plaza, al miedo”.

Comoquiera que los comunicados de ejecución de todos los grupos de lucha siguen mostrando propensión al miedo, se emite la orden complementaria del Führer del veintiséis de abril, a todos: “A la lívida discordancia de la capital del Reich, el duodécimo ejército ha de oponer una concordancia contraria. Las exoneraciones del ser en Steglitz y en el borde sur del campo de Tempelhof han de proyectar un punto avanzado del yo. La lucha final del pueblo alemán ha de llevarse a efecto teniendo en cuenta la nada determinada por el sentido a distancia”.

En respuesta a una orden complementaria del Estado Mayor de Burgdorf, EML, a la sexta flota del aire: “Aclarar entre Tegel y Siemenstadt la nada que corre frente a las puntas de tanques enemigos”, dice la sexta flota aérea, después del comunicado de reconocimiento: “Nada avistado entre las estaciones de Silesia y de Gorlitz. La nada no es ni objeto ni ente en general y, por consiguiente, tampoco un perro”.

A continuación se emite, después de orden del Führer con nueva reglamentación de clave, un llamamiento directo a la sexta flota aérea, firmado coronel von Below: “Manteniéndose en la nada, el perro ha trascendido ya del ser y se designa en adelante como trascendencia”.

“El veintisiete cae Brandeburgo. El duodécimo ejército llega a Beelitz. Después que se han acumulado procedentes de todas las secciones comunicados acerca del aniquilamiento en progreso del perro fugitivo del Führer, Príncipe, y de sus seudónimos nada y trascendencia, se produce, a las catorce doce, la orden del Führer a todos: “Toda actitud anuladora frente a la trascendencia que corre será perseguida a partir de este instante por la jurisdicción de guerra”.



Comoquiera que no se reciben comunicados de ejecución y que también en el sector gubernamental se observan tendencias propensas al miedo, se interviene y ordena: “La actitud anuladora superior frente a la trascendencia determinada por el sentido a distancia revela de modo primario y decisivo el haber sido de los siguientes oficiales (siguen los nombres y graduaciones)”. Solamente ahora, después de preguntas reiteradas del Führer: “¿Dónde se encuentran las puntas de Wenck? ¿Dónde puntas Wenck? ¿Dónde Wenck?”, contesta el Estado Mayor de Wenck, duodécimo ejército, el veintiocho de abril: “Están firmes al sur de Schwielow-See. La cooperación con la sexta flota aérea da como resultado que, debido a mal tiempo, no pueda avistarse la trascendencia. Fin”. (Ib. pág. 437-441).

La descarga final se produce cuando uno de los personajes, Walter Matern, oficiando de vengador, decide agregar a la lista de culpables al propio Heidegger. Son los tiempo del comienzo de la postguerra y Matern viaja con un perro de pastor alemán que ha pertenecido a Hitler. En la búsqueda de Heidegger (Grass lo llama aquí “el gorro de dormir alemán”) se expresa toda la rabia y el juicio de Grass sobre un pensador que ha resultado nefasto para su generación:

“Pero Martern ocupa una posición central. El gran rumiante tritura a dos carrillos cada palabra del duodécimo nicho de la izquierda: “El gorro de dormir alemán tiene su punta entre Todtnau y Friburgo. El Ser se escribe en adelante con mayúscula”.

De tal guisa instruido, Matern se aparta. “¡Hasta que por fin!”. Mantiene a Pluto junto a sí: “¡Piensa, perro, pero sin raciocinio! Ese me acompañó en el vuelo sin motor y a jugar al ajedrez. Con ése iba yo —una sola alma y cogidos del brazo— a lo largo de los muelles y la calle Larga abajo. Ese me lo regaló Eddi, en broma. Ese se leía como mantequilla. Era bueno contra el dolor de cabeza y ayudaba contra el pensar, cuando Eddi reflexionaba con raciocinio acerca de los gorriones. ¡Recuerda, perro, pero sin raciocinio! Ese lo leí yo en voz alta a la sección SA ochenta y cuatro de Langfuhr. Todos se doblaron de risa en el local y ya sólo relin-

charon en adelante en términos de ser y tiempo. Ese escribe ahora “Ser” con mayúscula. Lleva un gorro de dormir, con una punta más larga que todas las etapas de avance y todas las rutas del repliegue. A ése me lo he llevado yo conmigo, en el morral, de Varsovia a Dunquerque, de Salónica a Odesa, del frente del Mius a la Batería de Kaiserhafen, de la cárcel preventiva a Curlandia, y de aquí —y cuidado que son distancias!— a las Ardenas; con ése me escapé hasta el sur de Inglaterra, lo llevé al campamento de Munster; ése lo adquirió Eddi, de un anticuario, en la Tagnetergasse: un ejemplar, primera edición, año dos siete, dedicado todavía al pequeño Husserl, al que más tarde, con el gorro de dormir... Oyeme bien, perro: ése nació en Messkirch. Eso queda junto a Braunan, a orillas del Inn. A ése y al otro les cortaron el cordón umbilical el mismo año de gorros de dormir. Ese y el otro se han inventado mutuamente. Ese y el otro se erguirán algún día en el mismo monumento. Ese me llama sin cesar. ¡Piensa, perro, pero sin raciocinio! ¿Adónde nos llevará hoy todavía el tren?”.

Bajan en Friburgo, en Breisgau y llaman a la puerta de la Universidad. Sin duda, el ambiente resuena todavía del enjundioso discurso que él pronunció el año tres tres —“¡Nosotros mismos nos!”—, pero no cuelga allí, con todo, gorro de dormir en aula alguna. “A ése ya no le está permitido, porque...”.

Amo y perro van preguntando y encuentran una quinta con verja delante. Gritan y ladran en un barrio tranquilo de quintas: —¡Abre, gorro de dormir! Aquí está Matern y se revela cual preocupación. ¡Abre!

La quinta permanece invernalmente silenciosa. Ninguna ventana se pone amarilla con luz eléctrica. Pero en el buzón, al lado de la verja, está pegado un papelito e informa: “El gorro puntea esquiando”.

“Así, pues, amo y perro han de trepar sobre seis pedales a la sombra del Feldberg. Arriba de Todtnau los cierne la nevasca. Tiempo de filósofos, ¡tiempo de cognición! La ventisca fundando en la nevasca. Y ningún abeto de la Selva Negra que proporcione información. Si no fuera por el perro, sin raciocinio, permanecerían en el extravío. Con la nariz rastreando encuentra la cabaña de los esquiadores, el abrigo del viento. Y acto seguido,

el viento riza grandes palabras y ladridos: ¡Abre la puerta, gorro! ¡Aquí está Matern y revela la venganza! Los que aquí han venido figuran en las Materniadas y hacen visible a Simón Materna, el héroe libertario. Este puso de rodillas a las ciudades Danzig, Dirschau y Elbig e hizo arder en llamas la Drehergasse y la Petersiliengasse, y esto es lo que le ocurrirá a tu gorro, ¡nada esquian-te! ¡Abre!

“Si bien la cabaña permanece atrancada, machihembrada, sin resquicio e inhóspita, hay, con todo, un papelito pegado sobre la madera sin corteza de la Selva Negra: “El gorro de dormir ha de leer Platón en el valle”.

“Montaña abajo. Este no es el Erbsberg, éste es el Feldberg. Sin mapa de ruta y sin raciocinio, por Todtnau y Notschrei—Grito de angustia, éstos son los lugares—, hacia Preocupación, Trascendencia, Anonadamiento. Precisamente por esto se extravió Platón, ¿por qué, pues, no él? Lo que para uno es Siracusa se convierte para otro en tesis doctoral. A esto se debe que haya que permanecer siempre tranquilamente en la provincia. ¿Por qué nos quedamos en la provincia? Porque el gorro de dormir no la abandona. O anda en esqués arriba, o lee Platón abajo. Esta es la pequeña diferencia provinciana. Un juegucito entre filósofos: Cucú, aquí estoy. No, cucú, estoy aquí: arriba abajo—abajo arriba. ¡Buñuelos de viento! ¡Buñuelos de viento! ¡Oh, Matern, siete veces arriba y abajo del Feldberg, sin haberse alcanzado nunca a sí mismo! Punta, puntas, punteada, despuntado, puntuación: precederse siempre a sí mismo, nunca consigo mismo, ningún estar en, ningún estar junto, únicamente el de sí a para sobre con, ni curable ni incurable, sin salvación entre abetos del medio, sin excepción. Nuevamente cae Matern desde lo alto de la concordancia a lo más profundo de la contingencia sin presencia, porque es el caso que en el valle, sobre un papelito cuadrangular al lado de la verja, susurra una escritura ya familiar: “El gorro de dormir, como todo lo grande, está en medio de la tempestad”, y arriba, azotado por la tempestad, lee: “El gorro de dormir ha de rastrillar abajo la vereda”.

“¡Cuán ingente trabajo exige la ejecución de la venganza! La ira quiere agarrar copos de nieve con los dientes. El odio le da a candelas de hielo con el sable. Pero los abetos lucen y guardan

el enigma de lo que queda: si no se extravía abajo, entonces está arriba; si no acontece estar arriba, entonces fundamenta sobre el papelito al lado de la verja: “La anchurosidad de todos los altos abetos de la Selva Negra que moran alrededor del gorro de dormir proporciona mundo y nieve polvorosa”. ¡Tiempo para esquiar, tiempo para esquiar! Oh, Matern, ¿qué piensas hacer si, siete veces arriba y abajo del Feldberg, no te has alcanzado a ti mismo; si abajo has tenido que leer siete veces: “Gorro de dormir arriba”, y siete veces, arriba, te ha centelleado ante los ojos: “Abajo revela el gorro de dormir la nada”?

“He aquí jadeantes frente a una determinada quinta, en el tranquilo barrio de las quintas, a amo y perro; agotados burlados furiosos de abetos. Venganza, odio y cólera tratan de mearse en un buzón. Gritería, mechada de silencios, trepa por sobre verjas: —¡Dime! ¿Dónde puedo agarrarte, gorro? ¿En cuál libro está metida, cuál registro, tu punta? — ¿En cuál gorro los has escondido, a los espolvoreadores de cloro que se han olvidado el ser? ¿Cuán largo era el gorro de dormir con el que estrangulaste al pequeño Husserl? ¿Cuántos dientes tengo que arrancarme para que la deyección se convierta en ser ente tocado con gorro de dormir?

“Nada de angustia a causa de las múltiples preguntas. Matern no las responde personalmente. A esto ya él está acostumbrado. El que ocupa una posición central —fenotipo, poseído del punto de su yo—, a las preguntas de éste nunca les faltan respuestas. Matern no formula, sino que actúa con dos patas. Primero es sacudida e insultada la verja frente al jardín de quinta de una determinada quinta. Pero nada más ya de lenguaje alemánico de gorro de dormir; Matern escupe popularmente y en forma por completo provinciana: —¡Sal, tú, desgraciado! ¡Ya te las arreglaré yo, tú, que no sirves para nada! ¡Mamarracho emplastronado! ¡Fanfarrón! ¡Palitroque! ¡Sal de una vez! ¡Te voy a mandar a la mierda! ¡Aquí te las verás conmigo! ¡Te voy a dar tu merecido y a abrirte el forro! ¡Te haré trizas y dejaré que te pudras! ¡Te deshilaré como un viejo calcetín! ¡No me importas un bledo y te echaré aquí a mi perro, en pedazos! ¡Basta ya con todas esas chácharas de la proyección y de la perpetua existencialidad! Matern está de ti hasta la coronilla. A Matern le tienes loco. ¡Sal, filósofo! ¡También Matern es filósofo: uno dos, agárrame!

Estas palabras y los puños de Matern lo logran. No, sin duda, que el filósofo preste oído a la amable invitación y salga con probidad alemana, en gorro de dormir y zapatos con hebillas, ante la verja del jardín, sino que ésta la saca Matern de quicio. La levanta y deja reiteradamente boquiabierto al perro Pluto, pues logra lanzarla varias veces en alto, hacia el cielo. Y toda vez que el cielo nocturno, que huele a nieve, no quiere aceptarle la verja, la lanza al jardín, sorprendentemente lejos.

“El demoledor se sacude y se frota las manos: —¡Se acabó! —El autor mira a su alrededor en busca de testigos—: ¿Habéis visto? Así y no de otro modo es como trabaja Matern. ¡Fenomenal! —El vengador saborea el gustillo de la venganza tomada. Ya tiene su merecido. ¡Estamos en paz! —Pero, aparte del perro, nadie puede atestiguar que haya sido así y no de otro modo; a menos que, pese a la propensión a nevadas, el buen Dios espíara desde lo alto: anonadado óntico acatarrado”. (Ib., págs. 437-41).

Valga lo anterior como un ejemplo de crítica disparada en un lugar donde cuanto ocurra encuentra no sólo nuestro visto bueno, sino nuestra admiración. Si Gunter Grass fuera chileno nadie lo tomaría en cuenta; el empleo que hace de los gambitos verbales del existencialismo sería considerado como audacia ignorante, la responsabilización endosada a la ideología filosófica heideggeriana se tomaría como una peregrina ocurrencia, la crueldad y el crimen producirían encogidas de hombro; en todo este alegato, se vería una mezcla de paranoia, megalomanía, ignorancia y estupidez. Pero, como Grass es alemán y conceptuado el más grande novelista de la generación alemana presente, he aquí que los cocineros ideológicos del tercer mundo se encuentran metidos en su propia cacerola e impedidos de explicar tan inusitado fenómeno. Es bueno entonces ponerlo ante sus narices para desenmascararlos. Los tiempos cambian: lo que debiera tan sólo hacer sentido en los continentes de la miseria y la imitación arribista, comienza a producirse también en la metrópoli. Si tienen validez y razón de ser el desprecio y repudio de la filosofía alemana por uno de los mejores intelectuales alemanes ¿cómo no ha de tenerlo el rechazo de su adefesía imitación en lugares donde campean el hambre y la explotación al amparo del frenesí “metafísico”?

Digamos, finalmente, algunas palabras sobre el destino de la obra de Grass traducida al español. Cuando apareció *El Tambor de Hojalata* hubo el movimiento condicionado que produce todo lo alemán entre nuestros hombres serios. Cuando los tres o cuatro que entienden de estas cosas vieron que se trataba de un Rabelais que venía a quitarles el caldo, se ocuparon celosamente de echar el consabido cerco de silencio. De modo que *El Gato y el Ratón* y *Años de Perro* no tenían más destino que un encargo de librería por compromiso y de allí derecho al rincón más oscuro si no al cesto de los papeles. En la misma universidad, el intento de algún profesor por llamar la atención sobre la denuncia formidable de Grass sufrió la arremetida de los que cultivan la metafísica y sus subproductos.